

LEÓN Y ASTORGA EN EL LIBRO “OLD SPAIN”

Muirhead y Gertrude Bone

El matrimonio inglés compuesto por Muirhead Bone, ilustrador, y Gertrude Bone, escritora, recorrió España entre los años 1925 y 1928. Fruto de ese viaje es el libro Old Spain, del que hemos traducido los capítulos dedicados a León y a Astorga. La tirada se limitó a 265 ejemplares numerados a plumilla y firmados por sus autores, y la obra se puso a la venta al precio de 100 guineas. Fue editado por MacMillan and Co., Limited, St. Martin's Street, London, y se imprimió en las Oxford University Press.

El libro incluye 118 láminas, de las que tres son dobles, 31 cabeceras, 27 adornos de fin de página (cul-de-lampe) y dos ilustraciones de portada, lo que totaliza 178 dibujos. Es una inmensa obra, superior en cantidad a la de cualquiera de los demás pintores ingleses dedicados a España, incluido el mismo Davids Roberts. Es seguro que lo que se incluye en el libro es una selección de una más extensa producción española del ilustrador británico, y resulta curiosa la estadística por regiones: figuran 13 de Andalucía, 45 de Castilla y León, 12 de Santiago de Compostela, 12 de Extremadura, 25 de Asturias y Santander, 5 de Vascongadas y Navarra y 6 de Cataluña.

La ingente labor de Muirhead Bone recorriendo tierras españolas resultó totalmente anónima, mientras los pintores españoles, reflejando también esos mismos paisajes en sus lienzos, escalaban oficialmente la fama, con Zuloaga, el más españolista de todos ellos, a la cabeza. En 1930, con el material acumulado, Bone hizo una exposición artística en Londres, de la que probablemente se derivaría el acuerdo con la casa MacMillan para la publicación del libro, ya que, aunque éste lleve fecha de 1936, probablemente la preparación y realización del mismo duraría cuando menos dos o tres años. La acogida que tuvo en España debió ser muy escasa si no nula, ya que coincidió su salida al mercado con el comienzo de la guerra civil. En 1979 sólo se sabía de tres ejemplares en nuestro país (uno en la Biblioteca Nacional); ignoramos si actualmente existe alguno más.



Maragatos comprando víveres en la Plaza Mayor de Astorga, dibujo acuarelado incluido en el libro.

El éxito artístico debió ser fulminante, ya que la aparición de una obra de tal magnitud supone siempre un acontecimiento. Bone enlazaba con

los grandes dibujantes litográficos ingleses del pasado, que dedicaron parte de sus atenciones a España: Engelman, Lewis, David Roberts...Un diario de la época, The Observer, calificó la edición como el monumento bibliográfico del siglo XX.

Las ilustraciones de gran formato de la provincia de León incluidas en el libro son seis de la capital, cuatro de Villafranca del Bierzo, cuatro de Sahagún y una de Astorga (Maragatos comprando víveres en la Plaza Mayor de Astorga, reproducida en la portada del número 11 de la revista); en pequeño formato existen otras cinco, una de ellas de nuestra ciudad: Ángulo de las murallas. En la versión que hemos utilizado (una edición en formato pequeño y sólo con alguna reproducciones reducidas de las láminas) el espacio dedicado a cada una de esas poblaciones se corresponde más o menos con esa proporción: nueve páginas a León, ocho a Villafranca, seis a Sahagún y cuatro a Astorga.

Finalmente, pedimos por anticipado disculpas por los errores o incorrecciones que hayamos podido cometer en la traducción. Quizá pueda suponer una osadía, con nuestros limitados conocimientos del inglés, atreverse con un texto tan literario y, a veces, tan complicado como éste; pero no existe, que sepamos, versión en español del libro, ni es probable que vaya a existir en breve, por lo que nos pareció que podía resultar interesante ofrecer a nuestros lectores una, por lo menos de los capítulos de León y Astorga. Quizá para un próximo número podamos incluir la traducción de lo dedicado a Villafranca y a Sahagún¹

CAPÍTULO ONCE

LEÓN
Pulcra leonina

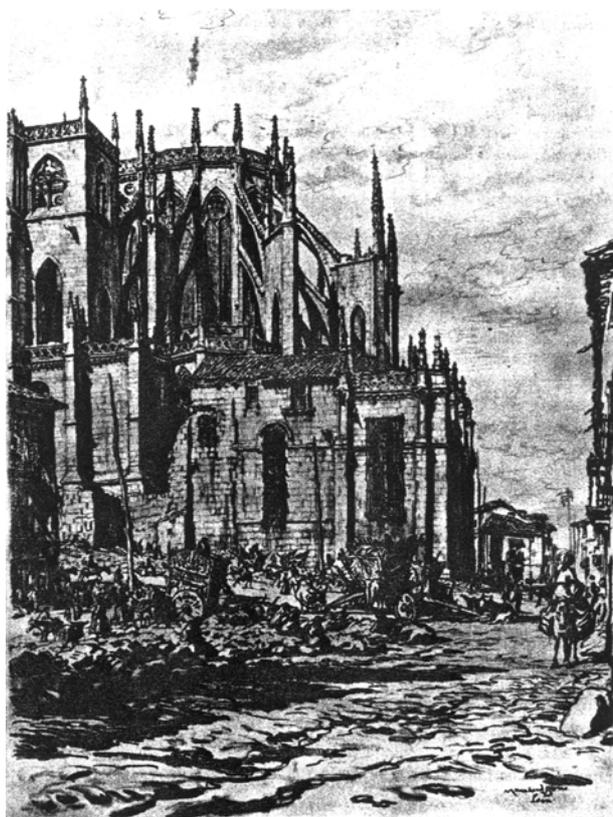
En el lugar donde la Catedral de León se alza esbelta, gallarda y bella, como un barco noble que flota y avanza con las velas desplegadas, también resultan visibles desde la llanura la vieja Puerta de Castilla y los dos torreones circulares de la antigua fortaleza que es ahora la prisión; enseñas de ese viejo León que está desapareciendo debido a la presión que ejerce la prosperidad moderna - para convertirse en “francés y elegante”- y siendo abandonadas sus afueras, como en épocas ya casi olvidadas. La ciudad está siendo reedificada con tal rapidez, y los viejos edificios de dos plantas con soportales desapareciendo, que incluso entre dos visitas efectuadas en un año, viejos lugares conocidos han dejado de existir, las calles se han pavimentado y se han plantado nuevos jardines alrededor de la Catedral, en los que se han colocado bancos decorados con azulejos de Segovia que representan un León pictórico desvaído, del que la prisión y las murallas que la rodean constituyen los testimonios más antiguos.

Atrevida y bella, la “Pulchra Leonina” se eleva sobre la pequeña ciudad de León como Ely sobre sus prados, divisada desde la lejanía en una llanura de horizontes marinos en cuya enorme extensión una montaña y una ciudad se perciben altas y solitarias, como en las tierras remotas nunca visitadas. Al final del ancho valle del río que atraviesa la ciudad, las montañas se ven azules y soleadas como las de Morven, en la transparente atmósfera de octubre, y el río (estanques de azul celeste unidos sobre el fondo plano gris de las piedras) envía una vibración de colores desgarrados bajo millas de chopos dorados. La León ocre y perezosa de agosto, con el sol abrasando a los caminantes que cruzan la llanura, con sus montañas cortadas y moldeadas como si un gigantesco aguafuerte hubiera elegido vaciar todos sus restos corrosivos sobre ellas, se despreza entre la luminosidad del viento y las verdes y alegres choperas.

Entre su soldado y su santo², los habitantes de León toman el aire en la moderna alameda al lado del río y en la nueva calle que va hasta la Catedral. El viejo y decadente León se puede contemplar en las plazas y en los arrabales; en la iglesia de “Nuestra Señora del Mercado”; en las fuentes de Carlos IV; en el convento de la Concepción con su sabor español, en parte grandioso, en parte ascético y en parte melancólico, cerrado con celosías de madera de estilo oriental; en los pocos edificios aristocráticos arruinados que quedan; y en los campesinos que llegan en sus burros, cubiertos con mantas a cuadros y sentados sobre pieles de oveja, bastante inconscientes de que el mundo está cambiando ante sus ojos.

“Sutileza”³ es la cualidad que más le conviene a su bella iglesia, en opinión de los leoneses. “Audaz”, se podría también decir, contemplando la esbeltez de las columnas que sostienen la perfecta y delicada belleza del arte gótico.

Las portadas, extrañamente bajas en la fachada oeste, permiten una fácil visión de sus esculturas (más desgastadas las de las columnas, pero permitiendo intuir cómo fueron originalmente) y ayudan a reflexionar sobre el cambio de estilo que se produce entre la escultura románica y la posterior del gótico. La bondad, seriedad y sencillez que se asocian con el románico han dado paso a la elegancia y la gracia. El jardín del Paraíso con sus músicos podría ser (quizás lo fue) el jardín de la corte de una reina, y “Nuestra Señora la Blanca” se ha transformado desde la remota placidez en algo vivo y dinámico, pleno de gracia y encanto.



Ábside de la Catedral de León

“No hay duda de que las vidrieras son lo más grandioso del gótico”, dijo mi amigo el arquitecto. Por eso, uno debe ver la catedral como una elegante casa de cristal que un desconocido arquitecto levantó aquí, entre la grave luz solar española. Si Street se asombraba del atrevimiento de los ventanales de un triforio de cuatro luces con claristorio cerrado, ¿qué habría dicho de un triforio de seis luces y de un claristorio que responde aquí a su propósito original de permitir entrar la luz del sol! Debido a la necesidad que tenía el arquitecto de que el edificio sobresaliera por encima de la muralla de la ciudad, hay vidrieras colocadas a mucha altura para que sus glorias brillen muy por encima del recorrido normal del ojo humano. Los colores, salvo por lo que respecta a algunas aburridas franjas modernas, engloban una magnífica gama de tonalidades. La luz resulta deliciosa, enredada allí como entre las nubes del crepúsculo, llegando suavemente al interior, y transmitiendo levedad y gracia al santuario, así glorificado, como la nota alta exitosamente vibrante de una canción. Pero la sucesión de

sorpresas no acaba ahí: la negrura del manto de San Antonio de Padua en su ventanal azul, agarrando fuertemente de la mano a un niño como si fuera una joya preciosa; y el ámbar y dorado de San Clemente, al final de la nave lateral, constituyen un fognazo completo de placer cuando son iluminados con el sol del ocaso.

Uno desearía, por lo visto, transportar al cielo semejante luz y delicado diseño, para capturar todos los colores de todas las puestas de sol del mundo como en una experiencia espiritual; descomponer las joyas del paraíso en rayos de luz solar; vislumbrar los esplendores de una vida más allá



de lo terrenal, que sólo este maravilloso arte diseñado para vivir en la luz puede transmitir. Si se confía totalmente en la excelencia del cristal se puede arriesgar mucho, pero nunca la osadía ha estado tan cerca del desastre como en este gótico de altos vuelos de León. A la esbeltez de la Catedral ayuda, sin duda, la acrobática envergadura de los arbotantes; uno se queda sin respiración al observarlos, como ante los equilibrios de un acróbata en la cuerda floja. Sin embargo se consiguió.

“Sint licet Hispanis ditissima pulchraque templa,
Hoc tamen egregiis omnibus arte prius.”

no es una arrogante pretensión.

El genio español adoptó el románico de una forma suntuosa, pero el románico ofrece pocas oportunidades para el extravío mágico de la luz a través de transparencias pintadas. Si no se hubiera intentado la construcción de las catedrales góticas de Burgos, León y Toledo, España no habría poseído este frágil y encantador arte en su adecuada medida.

La delicadeza y la gracia aristocrática en los andares parecen haber impregnado a toda la catedral. La representación de Ordoño II en su sepulcro es la de una persona regia, aunque no tenga una corona gótica y dorada. Hay más pinturas bellas y de categoría que en la mayoría de las iglesias españolas – la escultura, cuando se manifiesta sobre las elegantes columnas, es una bella filigrana; donde es historiada, como en las tumbas, es solemne y hermosa.

En la capilla de “Nuestra Señora del Camino”, detrás de la tumba de Ordoño II, brillaba una luz tenue y un himno lento y susurrante, muy respetuoso y bajo de tono, sonaba en el recinto. Dos velas ardían delante de la *reja*⁴ en candeleros apoyados en el suelo, y dentro de la capilla estaba arrodillándose un campesino delante de los escalones de subida al altar. En éste, Nuestra Señora del Camino sostenía el cuerpo sin vida de su Hijo, apoyado en sus rodillas. Con seriedad, lentamente, línea a línea, como él recordaba la letra, el campesino cantaba su himno. A su lado, había un fardo grande y limpio y su bastón.

Todo lo que sabía sobre música y todo el respeto que podía mostrar se manifestaban en el himno. Cuando terminó, se levantó, hizo la señal de la cruz sobre su frente, ojos y labios y continuó su recorrido. Un campesino de la época de Ordoño II no hubiera hecho otra cosa.

Lo militar y lo religioso han estado a menudo tan unidos en la historia de España, con sus iglesias tempranamente fortificadas, sus ordenes militares religiosas, y sus guerras de intolerancia, que se da por sentada la existencia de un guerrero y de un obispo en cualquier ciudad con un pasado histórico. Así, Guzmán el Bueno y San Isidoro, que representan el espíritu de León, aunque su vida activa transcurrió en el sur de España - San

Isidoro fue un erudito arzobispo de Sevilla, y Guzmán el gobernador de Tarifa durante la segunda invasión árabe -. La hazaña de este último sobre los muros de Tarifa, que resuena como el estruendo de su puñal en el pavimento, se conmemora aquí, a la entrada de la ciudad.

Alonso Guzmán, que había asumido la defensa de Tarifa después de que fuera tomada a los moros por Sancho el Bravo, había dejado a su hijo de nueve años como paje del Infante don Juan, hermano de Sancho. Éste, convertido en traidor, condujo a los moros al asedio de la ciudad, y llamando al gobernador, le ofreció negociar en estos términos: el chico, su hijo, al que condujo ante los ojos de su padre, delante de la muralla, sería perdonado si entregaba la ciudad. Si no aceptaba, le darían muerte allí mismo. La respuesta del leal padre fue desenvainar su propia daga y arrojársela al traidor para la consumación de la infamia.

El cuerpo de San Isidoro (más honorablemente presentado que el de su Maestro) está dentro de una urna de plata sobre el altar de la iglesia que lleva su nombre, uno de los edificios románicos más nobles de España. Por medio de las historias escritas por San Isidoro tenemos conocimiento de los primeros pobladores de Iberia y referencias sobre grandes edificios y leyes antiguas. Los suevos, los vándalos y los godos deben a San Isidoro que se haya preservado su historia en España y su adaptación de las primeras liturgias de la iglesia española, que fue finalmente aceptada para su uso en todo el país. En la iglesia de San Isidoro se encuentra también el Panteón de los reyes,

cámara sepulcral regia decorada con frescos en los muros y en los techos, en un asombroso estado de conservación, que el visitante inglés puede comparar con las pinturas descubiertas en la capilla de San Gabriel de la catedral de Canterbury, de la misma época.

La historia de León se conserva materialmente en el viejo convento plateresco de San Marcos, donde se exponen lápidas romanas y tumbas de la Legión Séptima - que defendía a León de las incursiones del norte - y preciosas figuras románicas y góticas procedentes de Corullón y Sahagún.

El modernismo de Gaudí no está ausente de la arquitectura contemporánea de León, y en medio de la extensa llanura agrícola que la rodea, las nuevas generaciones construyen de acuerdo a sus ideales. Existe una granja modélica en las afueras de la ciudad, "La granja"⁵, diseñada con encanto y con una ganadería selecta. La entrada, donde hay construcciones cuidadas y limpias, tiene un jardín con flores, y en uno de los lados atraen la atención los ejemplares gallineros, que tienen sobre las puertas estas cuatro inscripciones en azulejos coloreados de blanco y verde oliva:

Las flores y los frutos de esta granja pertenecen al pueblo y se cultivan para el uso y disfrute de él. Respetando los derechos de todos, cada uno respeta los suyos.

Pide la bendición de Dios sobre tus campos y ganado, pero no dejes que la pereza y la apatía impidan sacar suficiente provecho del cuidado y trabajo de la Providencia.

Los animales y las plantas son la más espléndida manifestación del vigor de la Naturaleza. Seleccionar las especies supone convertirse en Señor de las fuerzas de la Naturaleza.

Si cada visitante de esta granja experimenta una agitación del espíritu ante la contemplación de la explosión de vida que aquí se le ofrece, la Diputación provincial considerará esta obra fructífera y digna de elogio.

¡El incurable Don Quijote presente en todos los españoles!

El reino de León está especialmente representado, para mí, por un aire vivaz y abrasador, por largas carreteras sobre tierras onduladas que nunca pierden de vista las montañas, por pueblos por los que uno entra y pasa de largo, cuyas casas de color rojo tierra guardan secretos orientales; pero, sobre todo, por el ancho valle del río que lo atraviesa y que pasa a unas veinte millas de la ciudad de León, donde descubrimos, tras una difícil ascensión, la iglesia de San Miguel de Escalada.

La zona pedregosa ocupada por lejanos chopos ondulantes, nos mostraba hasta donde el río podía extenderse, pero ahora sólo el azul superficial del verano

animaba la vasta llanura de guijarros. Mulas alineadas y cargadas, como en una caravana oriental, ensuciaban la orilla. Los bueyes permanecían inmóviles, uncidos a sus carros primitivos, sobre las riberas pedregosas del río, como si estuvieran en el entierro de Alarico, rey de los visigodos, en el cauce del río Busento. Las ovejas seguían a su pastor como en el desierto. Todo ello es un signo de la plenitud del verano español, cuando los hombres van a trabajar a los ríos con seguridad.

Aquí, detenida por la presa que veinte o treinta hombres construían, estaba la corriente cautiva e imprescindible, un volumen formidable de agua, ya suficiente para los constructores, que hacían equilibrios al borde de la presa. Ésta atravesaba, además de la llanura de guijarros, más allá, una zona pantanosa, con rápidos riachuelos, canalizados por medio de tablas y troncos hasta un escarpado barranco. Después de subir la pendiente de una colina arenosa nos encontramos con el lugar de retiro de los monjes que huyeron de Córdoba en el año 913 para perderse lo más lejos posible, en mitad de León.

Para ellos fue como encontrar un hostel en un desierto. La tierra dura y reseca se elevaba alrededor del edificio. Cardos y hierbas desoladores susurraban en el pórtico. Nadie distraerá al arqueólogo, salvo el viento, cuando descifre la confusa pero legible historia de este refugio cristiano. Es más difícil desalojar un lugar de culto que desarmar a un ejército, según parece. Ladrillos desenterrados en las excavaciones del suelo llevan el sello de la Legión Séptima romana que ocupó León. Se han hallado inscripciones visigóticas (Lampérez). De aquí que las fechas más probables se retrotraigan a un edificio anterior que fue donado a los monjes de Córdoba y luego restaurado por ellos mismos. La iglesia estuvo lista en 914 para su consagración por el obispo que continuó la labor de San Fructuoso en el Bierzo, San Genadio, obispo de Astorga. Ciertos parecidos en la construcción en otra iglesia consagrada por el mismo obispo en el año 919, San Pedro de Montes, y en otra más, fundada por monjes cordobeses en 921, sugieren que un arquitecto mozárabe diseñó las tres. Su nombre, Viviano, se conoce por una inscripción en San Pedro de Montes, y el profesor Gómez Moreno avanza la teoría de que el obispo Genadio, impresionado por el edificio de San Miguel, llevó al arquitecto a las montañas para construir San Pedro y posteriormente la iglesia de Sanabria⁶.

"Una iglesia mozárabe de tipo latino", salvada gracias a su aislamiento y abandonada por su pobreza, sigue en pie, a salvo de las extensas inundaciones. Una de las características de las iglesias mozárabes era que las paredes no estuvieran decoradas. Las esbeltas y gráciles columnas con sus arcos de herradura le dan un aire de templo venerable a este recóndito lugar. ¿Cómo llegaron todas estas elegantes columnas paganas hasta estas apartadas regiones de España? Son de mármol y sobre las del iconostasio se encuentra una imposta esculpida con decoración geométrica, que recuerda a las visigóticas de Mérida. Los bloques de piedra decorados que separan el

presbiterio de la iglesia han vuelto a ser colocados en su posición original por los responsables de los monumentos nacionales, y las mesas primitivas de piedra que servían de altares puestas en sus respectivos lugares. Así que todo ello no crea una sensación ni de abandono ni de tragedia, como cuando las cosas piadosas dejan de serlo. La atmósfera tranquila del estudioso ha envuelto a San Miguel, cuyos orígenes están en los extensos espacios de España. El sol del ocaso se enseñoreó de la colina mientras nos deslizábamos y abríamos paso con dificultad a través de la vasta llanura del río. Luego el reino de León la absorbió, y no la volvimos a ver.

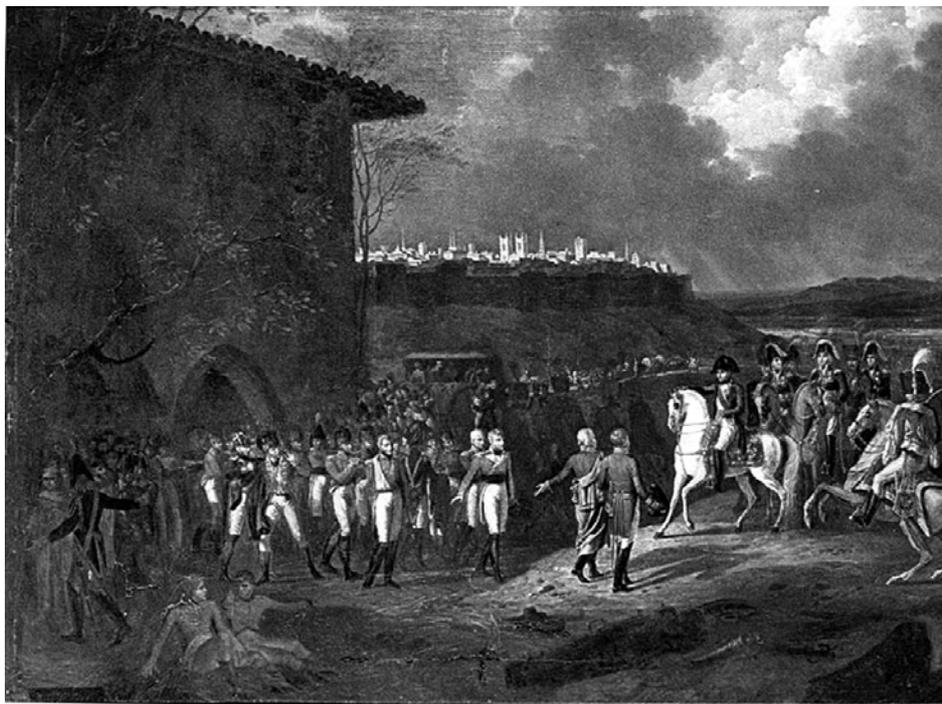
CAPÍTULO CATORCE

ASTORGA

Astorga es considerada como una de las ciudades conservadoras de España. Sus calles están pavimentadas con lo que los escoceses llaman *kidney-stones*⁷ y sólo tienen suficiente anchura para los estrechos carros de bueyes del norte, que chirrían al avanzar dificultosamente por las plazas de la ciudad, en la que todavía se conserva un mercado al aire libre. Uno se imagina estos lugares atiborrados de gente y animales cuando contempla las irregulares superficies adoquinadas formadas por bloques de granito entrelazados, bajo las acacias de copas protuberantes, y las argollas fijadas al suelo para sujetar a las mulas y burros ensillados. Si se quiere ver un mercado en el que se realizan

serios y largos tratos sobre herramientas hechas a mano, alfarería y otros productos, todavía se puede encontrar una buena muestra bajo el pequeño y elegante ayuntamiento renacentista de la Plaza Mayor. Aunque no resulte demasiado adecuado para un mercado, tiene un aire caprichoso como el de un viejo y sagaz maragato de anchos pantalones. En la parte de arriba, dos miembros de la hoy desaparecida raza indígena, un maragato y una maragata, dan las horas y son testigos de la historia, y, alrededor, todas las casas de la plaza se sostienen sobre pórticos de columnas. Los panaderos con enormes hogazas⁸ - *¡Calentitas, señora!*⁹ - se sientan bajo las acacias y venden pronto el pan blanco, que es guardado en sacos por los locales. Avalanchas de instrumentos de madera resbalan sobre los adoquines - los yugos se apilan -, los zuecos se sitúan en hileras, los trillos¹⁰ (trineos trilladores llenos de clavos por las dos caras) son amontonados como las cartas de una baraja; las horquillas de madera de puntas planas y

palas para sacudir el grano están colocadas creando una forma de tienda de campaña. Sacos de leña brillan con el sol. No se ven artículos no manufacturados. Hay tiestos extendidos bajo la puerta de la iglesia. Dentro y fuera se amontonan los lugareños, que tienen a sus burros sujetos por las riendas; un maragato, vestido como los españoles de "La rendición de Breda", resulta tan llamativo como un antiguo turco en la moderna Europa. Esta extraña raza - que ocupa un territorio de cuatro millas cuadradas, conserva antiguas costumbres (algunas judías, como, especialmente, la ceremonia de la boda) y va ataviada con caros y elaborados vestidos, tan ricos como los de un burgués holandés - está desapareciendo, así como su lengua, que ya ha pasado a mejor vida. Con fama de tener el puño cerrado y de ricos, muchos han montado sus propias



"Napoleón en Astorga se hace presentar los prisioneros ingleses".
(Días 1 a 3 de enero de 1809)

Por H. Lecomte. Museo de Versalles.

Del libro *Napoleón*, de Octave Aubry, Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1963.

pescaerías en Madrid, y su reputación de "honor hasta la muerte", de la época de la arriería, todavía pervive en la zona.

Astorga fue una colonia romana y tuvo cancellería, siendo capital de toda la provincia de Asturias, cuando era más extensa que ahora, a la que dio su nombre. Por este motivo, Plinio la llamaría "ciudad magnífica", antes que por lo magnífico de su emplazamiento (MORALES).

Como Lugo, Astorga mantiene una posición de control sobre la llanura. La atravesaban las grandes vías militares romanas: cuatro a Braga, dos a Zaragoza, una a Tarragona y otra a Burdeos. También como en Lugo, uno se percata de la fuerza que puede llegar a tener el viento en la llanura cuando observa cómo las pizarras están sujetas con piedras en las chimeneas que sobresalen de los muros.



Barón de Marbot

Del libro *General Baron de Marbot. Memorias. Campañas de Napoleón en la Península ibérica*. Editorial Castalia, 1965, Madrid.

Astorga posee una bonita catedral y quizá el más sorprendente palacio episcopal que se haya construido nunca (diseñado por el moderno arquitecto Gaudí). De hecho, es mucho más que un palacio episcopal, de manera que el actual obispo no consideró adecuado vivir en él. “Un palacio ¡muy macarrónico!¹¹”, es la opinión de los prudentes.

Las murallas, construidas así de sólidas para el servicio de Roma, son un monumento nacional realmente espléndido y han servido para instalar viviendas adosadas a ellas, aunque una parte se ha conservado, tanto para ser usada como paseo y alameda como para emplearla en alguna antigua defensa de la ciudad. Si nos situamos sobre ellas podemos apreciar la magnífica extensión de colinas incrustadas dentro de una cordillera montañosa. Escocia tiene igualmente impresionantes acumulaciones de tierra y granito, pero no estas extensiones de laderas redondeadas de tierra recalentada. Debido a que las montañas se elevan a diferentes alturas sobre el horizonte dependiendo de la variable luz solar, sus cumbres se difuminan en la serena atmósfera azul en la distancia y el amarillo anaranjado de sus campos de rastros muestra un parecido con Inglaterra, la “magnificencia” de la romana Astorga podría extenderse a su situación actual.

Las memorias del Barón de Marbot hacen una curiosa referencia a esta desconocida ciudad. Justo en el momento en que las tropas de Soult y Ney, a las órdenes del

Emperador, estaban abandonando Astorga¹², se oyeron gritos procedentes del interior de un enorme cuadro. Cuando abrieron la puerta, encontraron entre mil y mil doscientos mujeres y niños ingleses¹³ que, exhaustos por la larga marcha de los días anteriores, durante la que soportaron la lluvia y atravesaron arroyos y campos embarrados, habían sido incapaces de seguir al ejército y se habían refugiado en ese lugar. Durante cuarenta y ocho horas permanecieron sobre la paja. La mayoría de ellos tenían buen aspecto a pesar de estar llenos de barro y llevar vestimentas andrajosas. Se apelotonaron alrededor del Emperador, que conmovido por su miseria, les buscó alojamiento en la ciudad y les dio comida. También dispuso una tregua para que, cuando el tiempo lo permitiera, pudieran volver con el general inglés.

* *Introducción y traducción de Inocente González Salvadores y Pablo Pérez García.*

¹ La información incluida en esta introducción ha sido tomada del nº 1 de *Cuadernos de bibliofilia*, julio de 1979, publicación facilitada amablemente por Alejandro Valderas Alonso, al que agradecemos toda la ayuda prestada.

² Se refiere a Guzmán el Bueno y a San Marcos. El paseo de La Condesa va desde la estatua de Guzmán al edificio de San Marcos.

³ En español en el original.

⁴ En español en el original.

⁵ “A Grange”, en el original.

⁶ Se refiere a San Martín de Castañeda, en la comarca zamorana de Sanabria.

⁷ Kidney = riñón. Algo así como “cantos rodados”.

⁸ *Enormous flat round loaves* en el original

⁹ *As hot as July, Señora!* en el original.

¹⁰ En español en el original.

¹¹ En español en el original.

¹² Se refiere a los sucesos de finales de 1808 y principios de 1809, cuando las tropas de Napoleón llegaron a Astorga persiguiendo al ejército inglés del general Moore, que ya se había retirado de la ciudad.

¹³ Es casi seguro que Marbot exagera: no es probable que la población civil que acompañara a las tropas inglesas sobrepasara la cifra de 100 o 200 personas.